

Cierran el volumen un capítulo sobre la esteganografía, los métodos para ocultar mensajes, diferentes de la alteración del significado que supone la cifra, y otro sobre los anagramas de Ferdinand de Saussure.

Los métodos esteganográficos son conocidos desde la Antigüedad. La autora menciona anécdotas tan dispares como el tatuado del mensaje sobre la cabeza afeitada de un esclavo, a fin de que el pelo lo oculte al crecer (Heródoto explica este método en tiempos del tirano Aristágoras de Mileto), o el uso de tintas simpáticas, que desaparecen y reaparecen, descritas por Plinio o Giambattista della Porta. Sin embargo, su atención se detiene especialmente sobre aquellos métodos que implican que el mensaje oculto se inserta dentro de otro mensaje, en particular los desarrollados por Tritemio, para luego pasar a métodos empleados en la época contemporánea, como el micropunto, ampliamente usado durante la II Guerra Mundial, o técnicas que en la actualidad ocultan mensajes en imágenes digitales. También estudia el papel de esta clase de prácticas en la ficción, en concreto, en ciertos relatos de Poe. Todos estos métodos, señala la autora, comparten la debilidad que supone que, una vez descubierto el escondite, el mensaje queda indefenso ante su descubridor, por lo que el uso de técnicas mixtas, que combinen el cifrado con la esteganografía, son las más eficaces.

El último capítulo saca a la luz un aspecto poco conocido del trabajo de Ferdinand de Saussure, el revolucionario estudioso de la lingüística a comienzos del siglo XX: las curiosas combinaciones fónicas que el lingüista suizo descubría en el trasfondo de los arcaicos versos saturnios de los poetas latinos, a los que da el nombre de “hipogramas”, que desdoblán el sentido de las palabras poéticas más allá de su significado simple.

Todo ello compone un libro definido por una extraordinaria originalidad y un profundo rigor científico e histórico, capaz de ofrecer inspiradores y novedosos puntos de vista a los lectores expertos en el campo de la semiótica, y de atraer con fuerza la atención de los profanos, al hacerles asequible un campo tan fascinante, pero a la vez tan misterioso y desconocido, como el de la criptografía.

Irene PAJÓN LEYRA

BAUDELAIRE, Charles, *Dibujos y fragmentos póstumos*, Sexto Piso, Barcelona, 2012, (edición, traducción y notas a cargo de Ernesto Kavi)

La editorial Sexto Piso, ha tenido a bien obsequiarnos con un libro esencial para comprender, de una manera más clarividente, la ajetreada vida íntima del poeta francés, toda vez nos presenta una faceta bastante desconocida del autor, hasta ahora, poco prodigada: la de Baudelaire dibujante.

El libro se nos presenta dividido en dos grandes bloques cronológicos. El primero, que comprende el período 1834-1859, atiende a su faceta como artista dibujante; el segundo (1854-1866), se centra en sus fragmentos póstumos como escritor. Uno y otro se complementan, imagen y palabra, lo visible y lo leíble, pues para el poeta todo consume en imagen. Con razón apostilla el jovencísimo editor mexicano que “Baudelaire, no ignoraba la potencia de las imágenes [...], dedicó su vida entera a fabricarlas, a veces con palabras, a veces con pinceles y colores” (p. 13). Y no será disparatado, tras contemplar joyas como el

*Autorretrato. Baudelaire bajo la influencia del hachís* (1842-1845) trazar una afinidad inmediata con Manet, así como con los grandes pintores de la modernidad, –relación, cabe decirlo, todavía huérfana de un estudio pormenorizado–.

El segundo bloque emulsiona como una gran despensa de escritos fragmentarios donde todo tiene cabida: pensamientos sobre cultura y política; reflexiones sobre conducta moral e higiene; meditaciones sobre religión; indagaciones sobre posibles obras futuras; reflexiones sobre personajes, crítica y aforismos; planes y proyectos futuros...

Adentrarse en esta enorme caterva de pensamientos por un lado decepciona, por el carácter inacabado de sus escritos, –lo que, en ocasiones, lleva a plantearse si hubiera sido realmente necesario revelar los secretos ocultos de sus obras–; por otro lado, lo agradece el *voyeurismo* intelectual de los amantes de Baudelaire, al permitirles el acercamiento directo a su mesa de operaciones, diseccionando así los engranajes de su arte, algo que, a tenor de su escritos, Baudelaire desaprobaría:

¿acaso llevamos a la muchedumbre al taller de la diseñadora y del decorador, o al camerino de la actriz? ¿Mostramos al público, hoy interesado, mañana indiferente, el mecanismo de la magia? ¿Le explicamos las modificaciones y variaciones improvisadas en los ensayos, y en que dosis el instinto y la sinceridad se mezclan con la astucia y con el charlatanismo indispensable para la amalgama de la obra? ¿Le revelamos acaso todos los guiñapos, el maquillaje, las poleas, las cadenas, los arrepentimientos, las galerías pintarrajeadas, en fin, todos los horrores que componen el santuario del arte? (p.329)

De todos modos, y al margen de incursiones metaliterarias, este segundo bloque ofrece algunas perlas excepcionales, tales como los prefacios de las diferentes ediciones de *Las flores del Mal* (1857) que el autor optó por suprimir y que, ahora, se ofrecen en esta magnífica edición: “No tengo deseos ni de demostrar, ni de sorprender, ni de divertir, ni de persuadir [...] Aspiro a un descanso absoluto y una noche continua [...] No saber nada, no enseñar nada, no querer nada, no sentir nada, dormir y dormir, todavía, tal es hoy mi único deseo. Deseo infame y repugnante pero sincero” (p. 329).

Todo aquel que quiera conocer al auténtico Baudelaire, tendrá que empaparse de este libro, aun a riesgo de que la leyenda del poeta mengüe, todavía, a riesgo de que el artista se torne hombre, e irremediabilmente, bucear en sus extenuantes jornadas de trabajo, sus dudas, su soledad, y desesperación. Se trata de la imprimación desmitificadora y humana de la figura de Baudelaire. “Todo el mundo necesita a alguien cuando llega la noche” sentenció hace ya algún tiempo F. Scott Fitzgerald. Todo el mundo, incluso el gran poeta francés del siglo XIX, que ahora, se nos revela también como excelente dibujante y retratista de aquel París lejano en el que resonaban los ecos de la modernidad.

Iván MOURE PAZOS